

El tiempo pasaba su suave esponja por todas las tristezas, y traía nuevas alegrías. Tomás Barrientos—ya don Tomás por hallarse cerca de los treinta años, y por su estado de viudo—hacía viajes á Sevilla, y hasta hizo uno á Madrid, llevándose en su compañía á Inesita, de edad de cinco años: tal y tanto la quería, que no podía separarse de ella.

—¿Me querrás decir, querido Tomás, para qué te llevas á la pequeña?—preguntó el capellán á su antiguo discípulo:—allí te incomodará para todo, y aquí me haría compañía hasta que vuelvas.

—No puedo resolverme á separarme de ella—repuso Tomás;—¡la quiero tantol Me llevaré á Brígida para que la cuide, y cuando salga de día, vendrán conmigo: de noche se quedarán en el cuarto de la fonda donde paremos, y yo me retiraré temprano.

—Y Brígida se aburrirá: la pobre mujer tiene ya cincuenta años, y sacarla ahora del pueblo...

—Brígida se alegrará de ver Madrid, ¿verdad?

—Ya que tú lo deseas...—repuso Brígida, que había sido la nodriza de Tomás, y que era viuda de un arrendador de la casa de Barrientos.

—Tanto deseo que veas tú á Madrid, como no separarme de Inesita; conque así, arregla la ropa de las dos en un baúl, cierra parte de la mía en otro, y á Madrid por un mes.

La niña justificaba el cariño de su supuesto padre. Tenía una carita redonda y blanca, unos preciosos ojos claros, y la boca como un capullo de rosa: se parecía á su madre, y esto bastaba para que su padre estuviera hechizado con ella. ¡Cosa rara! desde que Amparo había muerto, su esposa la veía más bonita y más dulce; la muerte la había purificado de su falta á los ojos de Tomás, y aquel primer amor, que encerraba todas las delicadezas de un alma nobilísima, llenaba el corazón de Tomás, y de rechazo amparaba á la hija de la pobre muerta.

La estancia de Barrientos en Madrid no fué larga ni agradable. Dejó su marsellés y su sombrero ancho por la levita á la inglesa y el sombrero de copa. Su figura era hermosa y gallarda; alto, fuerte, con grandes ojos negros, tez morena y barba negra, se conocía que la fuerza física, á la vez que el valor moral, eran en él prendas naturales; y los que vivían á su lado sabían que era tan humano y compasivo para la desgracia como fuerte y severo para la maldad.

El traje cortesano le estaba muy bien. Á pesar de su alta estatura, tenía las manos y los pies pequeños, y andaba con el desembarazo y la gracia propios de los andaluces. Algunas personas de Al-

calá de Guadaira le encargaron visitas para tres ó cuatro familias de Madrid; pero hechas las visitas, y habiendo paseado por toda la corte, ya en coche, ya á pie, á Inés y á Brígida, se cansó, y se dijo que lo mejor era volver á su pueblo. De día gozaba con las admiraciones de la nodriza y con los gritos y risas de la niña. En las primeras horas de la noche las llevaba al café; pero si él se iba después al teatro, se aburría de muerte, y en el fondo de su alma leía esta lúgubre inscripción: «¡Solo, siempre solo!»

Compró, pues, todo lo que vió bonito para su *niña*, como él llamaba á Inés; compró muchas cosas para Brígida, una rica sotana para su capellán, un buen regalo para cada uno de los criados de su casa, y se volvió á su pueblo antes de llegar á la tercera semana que se había propuesto pasar en Madrid.

Todos recibieron á los viajeros con alegría. Inés, con su jerga infantil, contaba al buen cura todas las cosas bonitas que había visto. El mayordomo entregó á Tomás un paquete de cartas—eran de sus arrendadores y cortijeros; de su maestro de pintura de Sevilla, que le daba día y hora para empezar el retrato de Inés, y de gente pobre que le pedía la favoreciere;—y entre todas aquellas cartas halló una que le llamó la atención más que las otras: la firmaba «El Conde de Monterreal», y estaba escrita y fechada en París.

Tomás la abrió con la sola extrañeza de no co-

nocer la letra, que era elegante y correcta; pero á medida que la iba leyendo, su mano temblaba convulsivamente y agitaba el papel que sostenía.

Cuando hubo terminado la lectura, alargó la carta al capellán, tomó á Inés sobre sus rodillas, y pálido, alterado, la estrechó contra su pecho y salió de la estancia sin soltarla de sus brazos.

El capellán, presagiando algo muy triste, leyó detenidamente la carta, que estaba concebida en términos muy corteses y decía así:

«Muy señor mío y de toda mi estimación: He pasado cerca de seis años en América, y á mi regreso tengo que recoger un bien que amo más que la vida y que usted tiene en su poder. Siento lo que no puedo explicar el no haber podido tener una entrevista con usted antes de su casamiento; pero nada supe de él, porque todos me lo ocultaron con el mayor cuidado. ¡Cuántas horas de dolor nos hubiera evitado una mayor firmeza de carácter en la que ya no existe!

«Respeto á usted como á la persona que fué su legítimo y nobilísimo dueño, y no quiero nombrarla. Esta carta tiene sólo dos objetos: primero, dar al honor de usted satisfacción cumplida, asegurándole que nada sabía acerca de su casamiento, pues de haberlo sabido, le hubiera referido toda la verdad; segundo, el rogar á usted encarecidamente que me entregue á mi hija, á mi pequeña Inés. Aunque de lejos, he cuidado de saber el día de su nacimiento y el nombre que lleva; la vista

de esta niña debe ser odiosa para usted, caballero, y yo daría por tenerla á mi lado toda la sangre de mis venas. Una señora amiga mía la recogerá de su casa de usted y la conducirá á mi lado: no me niegue este bien que rendidamente le suplico me otorgue, y que sólo puedo esperar de su hidalguía y generosidad. Inés está bautizada como hija legítima de usted y de su esposa, y la ley no me la dará; pero apelo á la conciencia de usted, y le ruego encarecidamente que me ceda esta niña, por la cual daría mi vida entera.

«Soy con la mayor consideración, de usted atento y seguro servidor q. b. s. m.—EL CONDE DE MONTERREAL.»

Barrientos quedó aterrado: negar la niña á su padre le parecía una infamia; ceder á Inés era un sacrificio superior á sus fuerzas; adoraba él aquella figurita rosada y gentil, cuyos gritos y risas alegraban su gran casa solitaria. Dejar á Inés era envolverse en las sombras de la más negra melancolía: su pobre corazón, herido y solitario, hallaba una savia dulce y refrigerante en la inocencia de Inés. Cuando tocaba la campanilla por la mañana, asomaba á la puerta la rubia cabecita de la niña, pasaba después su cuerpecito y se arrojaba entre las ropas del lecho como una gatita traviesa, abrazándole, besándole y diciéndole á gritos:

— ¡Papá! ¿Has dormido bien? ¿me quieres?

¿Y en la mesa? ¡Qué tristes y largas comidas le esperaban con el padre capellán! Inés formaba

los vasos en batalla, tocaba sonatas en los platos con el cabo de su pequeña cuchara; cantaba, pedía más de lo que le gustaba, y hacía, en fin, cuanto quería con la gentileza y expansión de los niños mimados; y por la noche, cuando Barrientos venía de dar su paseo solitario ó de pintar un rato en la azotea de su casa, Inés le acompañaba á dar unas vueltas por la huerta, colgada de su mano, saltando, cantando y gorjeando como un pajarillo.

Además del retrato que iba á hacer en Sevilla el artista que había sido maestro de Tomás, quería éste retratar á Inés dormida, y ya se ocupaba con amor de este trabajo. El esbozo estaba terminado: se veía la parte superior de un pequeño lecho de hierro calado, cubierto con una rica colcha de raso azul; la sábana que volvía sobre el embozo y las almohadas estaban guarnecidas de encaje; sobre la batista descansaba la adorable cabecita de Inés, con los ojos cerrados por el sueño y los labios entreabiertos por una sonrisa; una de sus manecitas descansaba sobre la colcha azul; la otra sostenía una muñeca rota, con la que sin duda había jugado antes de dormirse.

Aquel retrato de *su niña* era la primera, pero convincente prueba que Tomás Barrientos había dado de su talento artístico: todo en el cuadro era bello y sencillo y verdadero.

Después de leída la carta, llamó á Inés, la sentó sobre sus rodillas y empezó á besarla; la niña, con el delicado instinto de la infancia, compren-

dió que algo pasaba allí de misterioso y triste, y preguntó:

—¿Qué tienes, papá?

—¡Tengo... miedo de perderte!—exclamó Barrientos besándola en los cabellos; y como la niña le mirase asombrada, añadió:

—¿Quieres dejarme?

—¡Yo!; ¡eso jamás!—exclamó Inés con vehemencia.—Papá mío, no quiero separarme jamás de ti, y si dejas que se me lleven, me moriré.

—¡No, no te cederé á nadie!—exclamó Barrientos con energía; y bajando á Inés de sus rodillas, se retiró á su cuarto y escribió la carta siguiente:

«Alcalá de Guadaira, provincia de Sevilla, 25 de Mayo de 1862.

Excmo. Sr. Conde de Monterreal.

Muy señor mío: Inés es mía, porque la he comprado muy cara; me ha costado largas horas de dolor y de amargura, porque yo amaba á su madre; es mía, porque ha nacido en mi casa y está bautizada con mi apellido; así, señor Conde, no espere usted que se la ceda, ni espere tampoco que la ley se la dé, teniéndose por avisado desde ahora de lo que voy á decirle: si usted me intenta un proceso; si usted divulga la deshonra de mi esposa, deshonra de la que fué usted el autor, tan cierto como hay un Dios, le levantaré la tapa de los sesos donde quiera que le encuentre.

TOMÁS BARRIENTOS.»

Una vez enviada esta carta al correo, el honrado labrador quedó más tranquilo. Inés era suya; se la habían dado su propia generosidad en hacerla pasar por hija suya, y las penas de su ánimo, angustiado por nueve meses de ver á Amparo padecer, languidecer y morir. ¡El Conde podía ir á buscar su dicha en otra parte!

Dos meses pasaron en la más perfecta calma: el Conde se había olvidado sin duda de su hija en el gran bullicio de París, y todos en la vetusta casa de los Barrientos estaban alegres y tranquilos.

Junio había llenado la huerta de rosas y de frutas. Inés corría como una cervatilla por las anchas calles, sombreadas por emparrados. Una tarde se quejó de dolor de cabeza, y después de frío; se puso descolorida, y Barrientos ordenó que la acostaran; á las diez de la noche se le declaró una violenta fiebre. Dos criados fueron á llamar médicos; examinaron á la niña y declararon que tenía una fiebre gástrica, complicada con una congestión cerebral.

—¿Hay peligro?—preguntó el capellán con voz que temblaba y llamando aparte á los doctores.

—¡De muerte!—contestó el de más edad. La niña ha comido mucha fruta y ha tomado durante largo rato un fuerte sol de estío.

—La complicación cerebral es terrible—añadió el otro doctor.

En efecto, veinticuatro horas después, la pe-

queña Inés yacía tendida en su camita, rígida y helada, blanca como se había quedado su madre, estatua yacente al parecer, colocada en un pequeño lecho de raso y encaje.

La desesperación de Barrientos fué inmensa: con la muerte de Inés se había apagado en su alma el último rayo de luz. Todos los seres que le habían amado dormían ya en la tumba: su padre, su esposa y aquella graciosa criatura, aquella dulce imagen de la primavera de la vida, que había sonreído á su ya marchita juventud, á aquella juventud que se había pasado cerrando tumbas.

Arrodillado al lado del cadáver de la niña, apoyaba en su pecho la ya helada frente de Inés, y la llamaba entre sollozos, como hace una madre cariñosa cuando la muerte le arrebató un hijo. El buen capellán, ya su solo amigo en la tierra, le separó de aquella estancia y le llevó á la suya, donde su robusto cuerpo, debilitado por los dolores de un corazón tierno y amante, se postró abatido por una fiebre nerviosa.

Enfermo y de grave peligro se hallaba Tomás cuando se recibió una carta de París: era del Conde y preguntaba por Inés, no queriendo creer en la noticia de su muerte, que su hermana, bien informada en Sevilla de lo que pasaba en casa de Barrientos, le había comunicado. El capellán, con las precauciones debidas, le confirmó la desgracia: el Conde no volvió á escribir, y un sombrío

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

silencio siguió á la carta del viejo capellán de la casa de los Barrientos.

Sin embargo, en el alma del Conde nació una furiosa sed de venganza. Estaba dotado de pasiones volcánicas, y amaba, odiaba ó miraba con indiferencia hasta la exageración. El primer amor había invadido como ola violenta toda su alma. Se había enamorado de Amparo hasta el delirio, y con ella se hubiera casado, á pesar de su familia y del mundo entero, si esto hubiera sido posible; al saber su casamiento con otro, se entregó á la desesperación, y calmado lo más violento de su dolor, pensaba en ella con la desolación con que se piensa en el bien perdido; su muerte le sumergió de nuevo en el más grande furor, y echó la culpa de ella al martirio que le habría hecho sufrir *el infame labriego* á quien la habían unido. ¡Qué hermosa hubiera estado Amparo con su corona de condesa sobre las sienes! ¡Qué feliz hubiera sido á su lado! Esto pensaba el impetuoso joven, sin recordar que él se cansaba de todo, y que era tan cruel en su indiferencia como impetuoso en sus aficiones; que era el esclavo de su imaginación, y lo había de ser mientras viviera.

Por encima de todas sus amarguras sintió la pérdida eterna de aquella hija de su amor, que jamás había conocido, que nunca debía conocer. Amparo é Inés habían sido sombras fugitivas y poéticas que habían atravesado su existencia y que se habían perdido en el reino misterioso de la

muerte, lo que bastaba para que Fabián de Medellín adorase siempre su memoria, como adoraba todo lo que era vago é indefinido.

Tomás dejó el lecho, libre de fiebre, pero atacado de una profunda y amarga melancolía; su carácter, siempre grave y serio, se volvió duro; su frente se contrajo bajo la presión de una idea amarga; sus escasas sonrisas desaparecieron; dejó de entrar en la iglesia, como si estuviese en rebelión abierta con su destino, y en sus grandes ojos negros apareció un profundo disgusto de la vida.

Un año pasó así; el capellán, su viejo y fiel amigo, su segundo padre, no podía sacarle una palabra en todo el día; comían juntos el día que Tomás no iba de caza, que eran los más; levantábase al alba, se echaba la escopeta al hombro, llamaba á sus perros y buscaba la soledad de los bosques. Tomás Barrientos acusaba á Dios de haberle hecho tan desgraciado.

Por fin tuvo un día que ir á Sevilla para un negocio de trigos. Cuando tomó el camino para volver á su casa, iba más sombrío que cuando salió. Á la mitad del camino halló á una dama enferma y la adolescente que la acompañaba. El lector sabe ya cómo las persuadió á que le esperasen. Llegó á su casa, hizo enganchar la calesa con el caballo bayo, y con uno de sus criados volvió á buscar á las viajeras. La madre fué colocada con cuidado en el carruaje; la adolescente se

sentó á su lado; él ocupó el frente, y tomando el camino de Alcalá al trote del caballo que guiaba el criado, llegaron en breve á la gran casa solariega de los Barrientos, donde ya se hallaba preparada una grande y cómoda estancia para las viajeras.

## VI

Sofía dormía en un grande, antiguo y cómodo lecho de madera esculpida, con baldaquín, cuyas puntas remataban en bolitas de madera; sobre las columnas torneadas caían anchas cortinas de sarga verde, deslucidas por el transcurso de los años; las sillas de roble esculpido, con altos respaldos, tenían los asientos de sarga como las cortinas del lecho y de las dos ventanas que caían á la magnífica huerta, y que ahora estaban casi del todo corridas.

El gran reloj de la escalera dió las ocho de la noche, una noche clara y perfumada de Julio. Aunque las cortinas se hallaban casi corridas, las maderas se hallaban abiertas, lo mismo que los cristales, y los perfumes campestres subían como un aroma invisible de los campos vecinos. Á lo lejos, y alumbrados por la luna, se extendían grandes huertos y extensos olivares; las flores, tan abundantes en la hermosa Andalucía, abrían sus corolas al beso de las auras; el ruiseñor cantaba en el bosque vecino; la presa que hacía mover las ruedas del molino precipitaba sus aguas con el ruido de un torrente; las estrellas brillaban

con luz melancólica en el denso azul del cielo, y á la orilla del arroyo, medio metidas en el agua y levantando hacia la luna sus chatas y deformes cabezas, cantaban las ranas á cual más fuerte podía hacerlo.

El exquisito perfume de las frutas y de las flores de las huertas vecinas entraba por las ventanas abiertas en soplo cálido y refrigerante, y llegaba hasta el gran lecho de madera donde dormía la viajera un sueño agitado y febril, pero pesado como un plomo.

Sentada á la cabecera del lecho, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y la vista fija en el rostro desencajado de su madre, se hallaba Alicia; su carita, algo llena á pesar de su delgadez, estaba triste, y esta tristeza hacía daño de ver en una niña que acababa de cumplir sus quince años; era una criatura encantadora, graciosa, llena de gentileza, alta para su edad, con esa adorable irregularidad de la infancia que acaba y de la adolescencia que empieza; tenía la cara de mejillas redondas y apretadas, el cuello muy largo, los ojos muy grandes, de un color azulado luminoso y arrebatador; la boca era pequeña por lo abultado de las mejillas, y las cejas y pestañas, de un castaño oscuro, contrastaban con su rubia y sedosa cabellera, que llevaba torcida y enrollada con la gracia inconsciente de la niña que acaba de vestirse de largo.

Contrastando con aquella gracia ingenua, con tanta frescura y juventud, se ofrecía á la vista

la pobre madre, cuyo cuerpo demacrado se dibujaba bajo las ropas del lecho. La madre debía haber sido más bella que su hija; la regularidad de sus facciones, que le hubiera dado un aspecto severo, á ser ella de carácter tranquilo y sosegado, se hallaba templada por una dulzura y una sensibilidad extremas; cerrábanse sus anchos párpados bajo unas cejas finas y poco arqueadas, que indicaban una gran suavidad de carácter, y su nariz se dilataba con una amorosa palpitación, aun en aquella hora en que ya se acercaba su agonía.

Brígida arreglaba la estancia. Sobre un velador había colocado un vaso de agua y un reloj de instantes fijos, á la vez que una lámpara pequeña que daba menos luz que un quinqué y más claridad que una lamparilla.

La niña miraba de vez en cuando á su madre, y lágrimas abundantes salían de sus ojos; luego, y sin secar aquellas gotas de llanto, quedaba sumergida en una meditación que contraía sus cejas y que terminaba por una media sonrisa que abría dos grandes hoyos en el centro de sus rosadas mejillas.

En esta meditación, se decía:

—Mamá ya está acostada y cuidada; hemos hallado en esta casa un excelente asilo; tendrá un buen médico, se curará, y podremos ir á Sevilla á buscar á papá, á aquel buen papá que me llevó al colegio, y que á pesar de su tristeza me quería mucho, puesto que me daba cuanto le pedía...



Estos pensamientos fueron interrumpidos por la llegada del dueño de la casa, que entraba acompañado de un médico. Don Tomás Barrientos se acercó á la niña y le dijo con voz dulce, en tanto que el médico se acercaba al lecho:

—Vaya usted á cenar, señorita. Brígida la acompañará al comedor.

—¡Ah, señor!; no tengo gana ninguna—contestó Alicia con tristeza.

—Lo supongo; pero á la edad de usted es preciso el alimento y el sueño. El señor capellán le hará á usted compañía en la mesa.

—¿Y usted no cena?

—He cenado ya.

Alicia, algo intimidada con la seriedad de Barrientos, siguió á la anciana Brígida, y el dueño de la casa se acercó al médico, que examinaba á la enferma con atención.

—¿Qué opina usted?—preguntó Barrientos.

—Que vivirá á lo más tres días.

—¡Cómol...; ¡qué dice usted!

—Está extenuada: se muere de una enfermedad de consunción. Ha llevado mala vida, ó á lo menos muy agitada; no hay fuerzas para resistir la gran fiebre que la consume.

Con gran terror de los dos hombres, la enferma abrió los ojos súbitamente.

—Gracias, señor doctor—dijo con una triste sonrisa.—Ya sé que tengo pocas horas de que disponer, y quiero aprovecharlas en favor de mi hija.

Dicho esto, cerró de nuevo los ojos. El médico prescribió dos ó tres pócimas, entre ellas un cordial, y Barrientos se sentó al lado del lecho, mirando con tristeza aquel pobre ser azotado y destruido por las tormentas de la vida, y que tan poco debía ya estar en el mundo de los vivos.

Ni por un momento pensó el noble Barrientos en los gastos y molestias que iba á ocasionarle el que muriese en su casa aquella pobre criatura; sólo pensaba en la suerte desdichada que sin duda la había perseguido, y en el desamparo en que dejaba á su hija. El buen labriego había conservado en el alma una gran inocencia, ignoraba lo que era el vicio, aunque conocía muy bien lo que era el dolor; así es que miraba con una ávida curiosidad, mezclada de pena, el semblante agraciado, pero marchito y lívido ya, de Sofia, en tanto que en el comedor Alicia hacía honor á la succulenta cena que le habían servido, y que comía sentada enfrente del venerable capellán.

—De modo que su señora madre salió ya enferma de Madrid—dijo el sacerdote, cuya imaginación, que nunca había sido muy viva, se hallaba ahora empañada con las nieblas de la vejez, pues se hallaba muy cerca de sus setenta años.

—Ya le he dicho á usted que sí—respondió con impaciencia Alicia, á la que eran antipáticos los curas y los viejos, y que sólo amaba lo bonito y lo alegre.

—¿Y cómo hicieron ustedes el viaje?

—¡En el tren!

—Pues entonces, ¿cómo se explica el que Barrientos se las hallase á pie en el camino?

—Porque se le acabó el dinero á mamá.

—¡Infelices!—murmuró el cura.

—¿Qué dice usted de infelices?—repuso Alicia, cuyo defecto dominante era la vanidad.—Íbamos á Sevilla, y allí iremos á buscar á papá, que es muy rico.

—¿Vive en Sevilla?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se llama?

—Don Lorenzo Valenzuela, y es banquero en Sevilla. Si ha vivido en la ciudad, precisamente le habrá oído nombrar allí.

—No sólo le he oído nombrar, sino que le conozco, señorita: es todo un caballero... muy bueno, pero de carácter severo y colérico...

—¡Bah!; eso es lo de menos, señor capellán. Yo le ablandaré... ¡Traigo de reserva tantos mimos!...

—Conque traiga usted cariño para él es bastante...—repuso gravemente el sacerdote.—Se dice como cosa muy cierta que su señor padre de usted se ha vuelto un misántropo feroz á causa de haber sufrido grandes penas; así, señorita... ¿cómo?

—Alicia.

—Así, señorita Alicia, usted puede ser para su padre un ángel salvador, una adorable compañía.

—Y él para mí un papá muy rico y muy complaciente; yo haré que me dé cuanto quiera...

El sacerdote guardó silencio: era otra alma inocente como la de Barrientos; la frialdad de aquel joven corazón henchido de vanidades le asombró: sin saber qué responder, se puso á hacer como que comía. Sin ser de imaginación viva, veía que el dolor había entrado en aquella casa, y no sabía ni cómo ni por dónde. Una mujer culpable hacia su marido quería invadir de nuevo el hogar de su esposo, y le llevaba con ella una hija educada en los funestos principios del lujo y de la vanidad. Conocía, en efecto, á don Lorenzo Valenzuela, y estimaba como todos la rectitud de su carácter y la inflexibilidad de una honradez que no se había desmentido en su vida.

Mientras esto sucedía, la madre de Alicia había espiado el momento en que salía el médico de la estancia, y sola ya con Tomás, le había hecho una seña para que se acercase.

—Caballero—le dijo con voz débil,—yo quisiera hablarle á usted esta noche á solas...; se trata del porvenir de mi hija... y no puedo perder tiempo...

Y como viese un ademán que para tranquilizarla hizo Barrientos, añadió con una triste sonrisa que hizo asomar lágrimas á los ojos de Tomás:

—He oído lo que el médico ha dicho, caballero...; así, otórgueme usted el último consuelo y

concédame una conferencia esta noche... lo antes posible.

Tomás salió y persuadió á Alicia de que debía acostarse un rato: la pobre niña, agobiada de fatiga, se dejó caer en el lecho de Brígida, encargando que la llamasen pronto, y se durmió con un sueño de plomo. Tomás hizo que Brígida se quedase en un sillón en la antecámara de la habitación que ocupaba la viajera, y él fué á sentarse á la cabecera del lecho.

—Gracias, señor Barrientos—dijo Sofía;—gracias por prestarse á oirme... Dentro de poco dejaré este mundo, y antes necesito decirle quién soy. Déme usted un poco de cordial, porque me son precisas todas mis fuerzas.

Barrientos acercó á los labios desecados de la enferma una cuchara de plata llena de la poción fortificante, y la viajera, apoyándose ligeramente en las almohadas, dijo así:

—Tengo treinta y seis años, y hace diez y seis que me casé con un hombre de buena posición, pues llevaba cinco años al frente de la casa de banca propiedad de su padre, y que éste le cedió; mi marido vive, y ha trasladado sus oficinas á Sevilla: se llama don Lorenzo Valenzuela.

—He cobrado algunas letras en su casa—observó Barrientos, mirando con asombro á la pobre mujer que había amparado, y que se hallaba reducida á tan extremada miseria.

—Alicia es hija de Valenzuela—prosiguió Sofía,

—y á buscar á su padre, para dejarla bajo su cuidado, iba yo cuando usted nos encontró..., señor Barrientos. Ya tenía Alicia ocho años, cuando una debilidad mía convirtió en aversión todo el amor que mi esposo me había profesado...; me aborreció, y envolvió en su odio á mi inocente hija...

—¿Y por qué, señora?; ¿qué culpa tenía la pobre niña de la falta de usted?

—Los hombres son injustos... Revolví mis muebles, mis papeles; empleó espías para investigar mi conducta durante los años que había tenido confianza, y siendo como es receloso, desconfiado, incapaz de perdonar ni de olvidar, no halló nada que pudiera disipar sus dudas, y se afirmó en la idea de que Alicia era hija de otra falta mía, y no hija suya. Es un hombre de una rectitud de pensamiento á toda prueba, de una severidad casi feroz en todo lo que concierne al honor...; más fácil sería ablandar una roca que ablandar su corazón...

Al día siguiente de haber descubierto mi falta por una criada que me vendió, mi marido había envejecido diez años: sus cabellos negros se habían vuelto grises en una noche; la tempestad de su alma le había abrasado...; porque la verdad es, caballero, que me adoraba con locura, que eran míos todos sus pensamientos...

—¿Y entonces, señora, por qué le pagó usted con tan negra ingratitud?—exclamó severamente Barrientos.

—¡Ah, caballero! Se me acaban las fuerzas... ¡Por favor, no me interrumpa usted más!... ¡Bien expío mis faltas con mi muertel...

Sofía dejó caer sobre el pecho su hermosa cabeza, pálida ya con la palidez de la muerte. Barrientos acercó á sus labios otra cucharada de cordial.

—Perdón, señora—dijo dulcemente;—me he dejado llevar de una penosa impresión que se ha renovado en mí al escuchar á usted. No volveré á interrumpirla.

—Mi marido me trató duramente—prosiguió la viajera.—«Separémonos sin ruido y sin escándalo, me dijo, pero de una manera irrevocable. Vete á París, y allí, una casa corresponsal de la mía te servirá una pensión de cuatro mil francos cada seis meses. Vete, y llévate á tu hija.»

En aquel momento vi toda la enormidad de mi falta...; mi inocente Alicia era víctima de ella... Obedecí, y marché á París con mi pobre hija...

Cuatro años llevaba ya en París, cuando un día llegó mi marido á mi casa: más viejo, más severo, más sombrío estaba que nunca; sin sentarse, sin saludarme, me dijo fríamente:

—Desde hoy, señora, queda suprimida la pensión de ocho mil francos que le daba. Vive usted como una mujer de vida ligera, y no me acomoda seguir con mis complacencias.

—¡Ah, Lorenz! ¡Y Alicia!—exclamé, arrojándome á sus pies y llorando amargamente.

—Vengo á ponerla en un colegio.

—¿De modo—exclamé loca de alegría,—de modo que estás convencido de que es tu hija?

—No lo estoy, ni lo estaré mientras viva; pero esa desgraciada criatura me causa compasión, sobre todo por el ejemplo que tiene delante.

Nada pude conseguir del carácter inflexible de mi marido. Llevó él mismo á Alicia á la pensión; se volvió á Madrid, donde entonces residía, y no volvió á enviarme medio alguno de vida.

Aquí un fugitivo rubor coloreó las demacradas mejillas de la señora de Valenzuela. Detúvose como falta de valor para continuar: la vergüenza subía á su frente y la abrasaba con su hálito terrible. Barrientos sentía dentro de su alma una aversión insuperable por aquella mujer ingrata para el hombre que la había amado tanto; pero, compadecido de su angustia, le dijo suavemente:

—Vamos, un poco de valor, señora.

—Sí, lo tendré..., lo tendré... ¡Se trata de mi hija! Pues bien, amigo mío: me encontré aislada, sola, sin medios de vida, abandonada de todos, y además perseguida por el vicio y el libertinaje... Era joven aún, bella, según decían; estaba acostumbrada al lujo, á los goces de una vida opulenta, y me dejé llevar de lo que me parecía dulce y fácil..., de las mil seducciones que se me ofrecían... Mi marido no me escribía, y se limitaba á pagar la pensión de Alicia, así como todos sus gastos, con la mayor exactitud...

Á los dos años de estar mi hija en la pensión, hallé en mi camino un hombre que me impresionó profundamente. Como me habían arrebatado á mi hija, y mi alma estaba llena de amargura, creí llegado el momento de vengarme, y dejé á un lado todo miramiento... Salía de casa sola con él, y lo *affiché*, es decir, lo presenté en el mundo alegre y elegante donde yo vivía, como mi amigo íntimo.

Una amiga me escribió que el furor de mi marido al saber *hasta dónde había descendido*—eran sus palabras—no conoció límites. Después de haber llevado á Alicia á la pensión, había estado á verla dos veces, haciendo el viaje de Madrid á París en secreto y sin avisarme á mí; pero á las pocas semanas de abandonarme yo al encanto de aquel amor que llenaba mi solitaria existencia, el secretario de mi esposo me escribió diciéndome que podía sacar de la pensión á la señorita, mi hija, porque su jefe cesaba en el pago de la misma y se desentendía de ella.

—¡De modo, señora—exclamó Tomás con un enojo que no pudo contener,—de modo que usted ha sido siempre la causa de la completa desgracia de su hija!

Sofía hizo con la mano una señal de súplica, y prosiguió con voz que se debilitaba por momentos:

—El hombre á quien amaba me abandonó; pocos meses después de haber traído á mi hija á

mi lado, se alejó de mí...; estaba enferma de los disgustos, de los tormentos que su desamor me había producido... Un día mi hija me hizo esta sencilla pregunta: —¿Por qué no vamos á buscar á papá?

Me pareció que un ángel hablaba por sus labios, y determiné ir en busca de mi marido... Al ver á Alicia tan bonita y tan dulce, creí que su padre se sentiría atraído hacia ella por una simpatía irresistible... Tomé algunas monedas que tenía, y nos pusimos en viaje...; pero al llegar cerca de aquí, se me acabó el dinero y hubimos de caminar á pie...

La vida se acababa también en aquel cuerpo frágil y padecido; la voz se apagó, y Barrientos hubo de adivinar lo que la moribunda no podía decir, y preguntó á Sofía:

—Y entonces las encontré yo, ¿no es verdad?

—Sí—dijo ésta débilmente;—sí, caballero... Á no ser por usted, hubiera muerto á la orilla de un camino, y mi Alicia quedaba desamparada... Ahora..., ahora la pongo bajo la protección de usted... Llévela á Sevilla, preséntela á su padre...; aunque piensa que no es hija suya, lo es... y algunas veces mi marido está atormentado por crueles dudas...; lo prueba el que algo mira por ella..., el que la puso en una buena pensión... ¡Ah, caballero!; ya que las faltas de su madre han caído sobre la pobre Alicia..., sea la compasión de su noble alma de usted el puerto de su salvación...

La viajera calló, y una sombra tenue envolvió sus bellas y delicadas facciones. Barrientos vió adelgazarse su nariz y tomar su cara la blancura del mármol; avisó á Brígida y le dijo que llamase al capellán; la Unción estaba preparada en el oratorio de la casa, y fué el solo Sacramento que la pobre extraviada pudo recibir.

—¿Llamo á la niña?—preguntó Brígida á su amo.

—No—contestó Barrientos;—evitémosle este dolor.

La viajera no llamó á su hija ni preguntó por ella: la muerte le había asido con tal fuerza entre sus brazos, y la ahogó en un instante con su abrazo fatal; inclinó dulcemente la cabeza, y con su mano en la de Tomás, lanzó sin esfuerzo y sin sacudida el último suspiro.

## VII

Alicia durmió hasta bien entrado el día: se hallaba muy fatigada, y además estaba criada en la molicie y la pereza por su mundana madre: á las once se vistió de prisa y corrió á la habitación de Sofía; pero á la puerta halló de centinela á la fiel Brígida, que le cerró el paso.

—¡Déjeme usted entrar!—dijo la niña con voz suplicante;—¿acaso mamá está muy mala?

—Mucho, señorita—contestó Brígida.

—Por lo mismo debo ir á cuidarla.

—Nada le falta, hija mía. Vamos á la sala de recibo—dijo la vieja servidora;—allí irá á verla don Tomás.

Brígida, que era muy alta y robusta, tomó por el brazo á la joven y la llevó á otra habitación, á pesar de su llanto y de su resistencia; la hizo sentar en un sillón, y tiró del cordón de la campanilla, ordenando á otra criada que llamase *al amo*.

Cuando éste entró, la expresión dura y amarga de su cara había hecho lugar á otra de profunda tristeza. La sala de recibo, ó *el estrado*, como se llama todavía en los pueblos pequeños á lo que en Madrid llamamos *salón*, era una habita-

ción obscura y triste, adornada con cuadros antiguos, y que estaba tapizada de damasco verde esmeralda; alternaban con los lienzos de valor grandes cornucopias doradas que se hallaban adionadas con dos huecos cada una para colocar dos bujías: éstas se hallaban en su sitio, pero sin estrenar, aunque amarillentas ya por el transcurso de los años.

—¡Ah, señor!; ¡ah, don Tomás!; ¡Yo quiero ver á mamá, yo quiero verla!—gimió Alicia corriendo hacia Barrientos.—¡Lléveme usted á su cuartol...

—Más tarde, hija mía, más tarde—contestó el interpelado con voz ahogada.

—Dígame usted la verdad... ¿Ha muerto?

—Sí, querida mía...; no quiero engañarla...

—¡Ah, Dios mío!; ¡qué desgracial—exclamó azorada la muchacha, que pareció dejar de llorar de repente; en vez de aumentarse con el sentimiento el raudal de su llanto.—¿Y ahora quién me llevará con papá?

—Su padre de usted vendrá á buscarla aquí—repuso Barrientos, que en su inocente buena fe y en su ignorancia del mundo no reparó en aquel monstruoso egoísmo.

—¿Y por qué no me lleva usted á su casa, don Tomás?

—Porque si la acompaño á casa de su padre de usted, y no quiere recibirla en ella, sufrirá usted, hija mía, un desaire, y por consiguiente, una pena que deseo evitarle. Ya hablaremos de eso; ahora

consuélese usted, y tenga la certidumbre de que está en una casa donde nada le faltará.

—¡Qué bueno es usted! Pero ¿y dinero para los gastos del entierro? ¡Si no teníamos un céntimo!

—Yo soy rico: no piense usted en nada.

—¿Y si papá no quiere venir á buscarme?

—Se quedará aquí, y veremos. ¿No tiene usted familia ninguna?

—No, señor.

—¿No conoce usted alguna amiga de su madre?

—Mamá no tenía amigas; sólo venían á casa algunas señoras muy elegantes que iban con ella al teatro, á los bailes...; algunas veces cenaban en casa con algunos caballeros muy alegres...; pero desde que mamá se puso mala y se nos fué acabando el dinero...

—Desaparecieron.

—Justamente; desaparecieron, y no los hemos vuelto á ver. Conque si papá no me quiere en su casa... ¿qué vamos á hacer, don Tomás?

—Veremos, veremos—respondió el viudo, muy pensativo, porque en realidad no hallaba respuesta que dar á aquella pregunta.

En la tarde de aquel día, Alicia fué á dar el último beso al cadáver de su madre, acompañada de Tomás. El sacerdote rezaba en su breviario, arrodillado á la cabecera del lecho; la pobre mundana, vestida con su mismo traje de seda deteriorado y roto, yacía sobre las ropas de su cama, y estaba hermosa con su graciosa y delicada fisono-

mía, á la que la muerte comunicaba su incomparable y tranquila majestad; sus grandes ojos, cerrados por la piadosa mano de Barrientos, daban paso á dos lágrimas que se habían helado y que le habían arrancado sin duda el recuerdo de sus faltas y el pesar del desamparo en que dejaba á su hija; sus cabellos oscuros se rizaban aún en su frente como un dosel de seda; la boca triste tenía una expresión dulce y apacible; entre sus manos cruzadas el capellán había colocado un escapulario de la Virgen del Carmen; tendida en el lecho, rígida con el hielo de la muerte, se descubría la gallardía, la esbelta gentileza de su figura, fina, elegante y distinguida; aquellos hombros, aquellos brazos, que en días no lejanos habían estado cubiertos de encajes y de joyas, debían haber excitado ardientes admiraciones; el talle era esbelto, el seno pequeño y modelado como el de una ninfa mitológica; la madre muerta á los treinta y cuatro años de edad, era tan hermosa, y quizá más, que su hija de quince.

Alicia se acercó al lecho y contempló á la que ya había dejado el mundo para siempre: sus ojos se llenaron de lágrimas; pero aquella pena banal, común y prosaica no se escribió en sus facciones con esa desgarradora expresión del dolor verdadero y profundamente sentido: lo mismo hubiera mirado una niña á su muñeca rota. La frente permaneció tranquila, las mejillas sin convulsión alguna, blancas y lisas como las de una escultura

de mármol. Cruzó las manos con la gracia teatral que era uno de sus mayores encantos, y dijo á media voz, con acento dulce:

—¡Pobre mamá!

—Déle usted el último beso, señorita—dijo Tomás; que la creía con el corazón desgarrado;—el último beso... y vámonos.

Alicia se dirigió á la puerta; desde el umbral se volvió y dijo:

—No me atrevo á darle un beso...; ¡debe estar ya sumamente fría...!

Y salió.

Hay corazones formados con tan exquisita delicadeza, con tan extremada bondad, que el mal resbala sobre ellos sin dejar sombra alguna: así era el de Tomás Barrientos: el monstruoso egoísmo, la atroz indiferencia de Alicia no le llamaron la atención, pareciéndole disculpable su infantil terror á la muerte. Pero Brígida, testigo presencial de esta escena, no fué del mismo parecer, y meció la cabeza de una manera muy significativa, siguiéndola con la vista hasta que hubo desaparecido. Tomás salió tras ella y cerró la puerta de la estancia.

—No llore usted, señorita—dijo con voz dulce á la joven;—aquí está usted segura hasta que llegue la contestación de su señor padre de usted, al que voy á escribir ahora mismo.

—¡Ah, sí, mi papá!—exclamó Alicia;—mi papá que está en Sevilla... ¿Sabe usted su nombre?



La joven hizo esta pregunta con la fisonomía radiante y casi alegre: una expresión de orgullo se pintó en sus facciones.

—Sí—respondió Tomás;—se llama don Lorenzo Valenzuela...

—Banquero—agregó Alicia;—banquero riquísimo que ha vivido en Madrid, adonde volveré.

—¿Pues no reside ahora en Sevilla?

—Sí por cierto; pero yo le haré volver á Madrid: yo podré con él todo cuanto quiera... Me adoraba, y eso que sólo vino á verme dos veces á mi colegio de París... ¡Oy, París!; ¡qué hermoso es, y qué vida tan alegre y hermosa llevábamos allí mamá y yo!...

—¿Cuándo?—preguntó el viudo.

—Cuando teníamos dinero. Mamá iba á bailes, y á mí me llevaba también desde que me sacó de la pensión; íbamos al teatro, y nos traían hermosas flores para adornar el corpiño y los cabellos. Me acuerdo de la última vez que fuimos al teatro, de lo encantadora que estaba mamá... Llevaba un vestido color rosa pálido, un fichú de blonda blanca, y al lado izquierdo del escote cuadrado, un ramo de rosas de todos los colores, que yo cosí sobre un pedazo de tul fuerte; porque esos grandes ramos no se prenden con alfileres, no señor; se desgarraría el corpiño. ¡Ah, mi pobre mamá! ¡Yo la adoraba cuando era bonita y feliz! Estaba orgullosa de su gracia, de su elegancia...; pero después, aquel amigo que tenía, aquel pa-

riente... dejó de venir, y nos faltó el dinero.

—¿Qué clase de parentesco tenía esa persona con su mamá de usted?—preguntó Barrientos, que se sentía embriagado dulcemente con la charla de la niña.

—Era primo...—dijo Alicia con un poco de confusión;—á mí me quería mucho, y un día, dándome un beso, me dijo: «¡Pobre niña, qué mala suerte te esperal» Pero, ¡bahl, papá es muy rico, y con dinero todo va bien...

Esta conversación había tenido lugar cruzando una galería, y luego en la sala de estrado, adonde Barrientos había vuelto á llevar á la joven; ésta parecía haber caído de una región desconocida en aquella vetusta estancia: todo rastro de aflicción había desaparecido en ella: la ligereza infantil de su carácter, el ejemplo vicioso de su madre se esculpían en todas sus palabras, en todos sus ademanes; y cuando Barrientos la dejó para escribir á su padre, se acercó á los cristales y se puso á mirar los pajaritos que cruzaban pidiendo la atmósfera azulada.

Barrientos se sentó delante de la mesa de su cuarto, y apoyando la frente en sus manos, quedó silencioso y pensativo.

Un deslumbramiento extraño absorbía todas sus facultades de pensar, y quería estar sereno, muy sereno, para escribir al banquero: se trataba del porvenir de aquella pobre, irreflexiva é ino-

ya se había apoderado—sin saberlo ella ni él—de todo su pensamiento; el viudo de Amparo, el fiel guardián de la memoria de aquella desdichada, el mártir de las ajenas faltas, perdidas las nociones del mal y del bien, ó quizá nunca sabidas con toda perfección y claridad, era víctima de un aturdimiento y de una embriaguez que jamás había sentido. No conocía el mundo ni á las mujeres; nunca había salido de su aldea; de repente había caído en su camino un meteoro desprendido del cielo del libertinaje; cielo de inagotables delicias para los que sólo conocen la prosa de la tierra, el estrecho círculo de la casa paterna; cielo que tiene resplandores infernales y que está lleno de abismos, pero cielo que cruzan estrellas cuyo esplendor es incomparablemente hermoso.

La muerte con su triste y poética hermosura de ángel caído; la hija con su belleza virginal y cínica á la vez, con sus ojos dulces y profundos, con su cabellera rubia flotante en la delgada espalda de niña de quince años; todo esto danzaba ante los ojos del rico labriego, le aturdió y le dejaba, no obstante, el sabor amargo de los jarabes cargados de morfina, que mejoran por el momento, pero que embriagan y atacan á la cabeza.

Procuró tranquilizarse, y para conseguirlo encendió un cigarro y lo fumó paseando por la estancia; y después de meditar breves momentos, se sentó de nuevo delante de la mesa y escribió con mano firme estos renglones:

«Sr. D. Lorenzo Valenzuela, banquero.

Muy señor mío y de toda mi consideración: Hace algunas horas ha fallecido en esta su casa la señora doña Sofía Cañedo, su esposa de usted; llegó enferma, ó más bien, la encontré yo y la traje aquí en compañía de su hija: esta niña ansía ir al lado de su padre, por quien suspira, y del que parece guardar el más tierno recuerdo.

»Suplico á usted, pues, mi estimado señor, que me dé sus órdenes y me diga si piensa venir á buscar á la señorita Alicia, ó si prefiere que la acompañe yo á esa, siguiendo á mi cuidado hasta que la deje al lado de su padre. La niña es adorable, y puede usted estar orgulloso de ella y hallar en su cariño la más dulce de las compensaciones.

»Mándeme usted cuanto guste en este pueblo de Alcalá de Guadaira, donde se ofrece de usted con toda consideración su atento seguro servidor que besa su mano,

TOMÁS BARRIENTOS. •

Don Tomás puso esta carta por su mano en el buzón de correos, y después se ocupó de todos los preparativos para dar á la muerta cristiana y decorosa sepultura. La pobre Sofía hallaba después de su muerte el amigo fiel y honrado que no había conocido en vida.

Los vecinos del pueblo asistieron al entierro y

rezaron por el alma de la muerta con esa buena fe que el mundo y su bullicio no han entibiado.

Al sacar el cuerpo, Alicia salió á la puerta de la habitación donde Brígida procuraba entretenerla, y dejó escapar algunos sollozos. Barrientos, que iba al lado del ataúd, se detuvo y le estrechó silenciosamente la mano. Dos sacerdotes más acompañaban al capellán de la casa, y el fúnebre acompañamiento bajó la escalera llevando cuatro criados de la casa el ataúd, que era de terciopelo negro adornado con galones de oro. Barrientos hacía á la pobre abandonada un entierro tan suntuoso como los que había hecho á su mismo padre y á su esposa.

Acompañaron á Sofía á la última morada algunos vecinos del pueblo, los sacerdotes y don Tomás Barrientos; éste oró con fervor sobre su sepultura; y cantados los últimos responsos, la comitiva se dispersó silenciosamente.

Alicia durmió bien aquella noche: su cabecita blonda, cuyas trenzas de un rubio pálido le formaban una corona, estaba radiante de gracia y de viveza; sus grandes ojos azules y profundos quedaban absortos algunas veces como si su pensamiento quisiera sondear las profundidades de su destino. Por la tarde le trajeron de Sevilla los trajes de luto, hechos por una buena modista, y es imposible definir los encantos que la severidad del luto prestó de repente á su figura de niña esbelta, coqueta y mimosa.

El viejo vestido que llevaba cuando Barrientos se apareció en el camino de su vida, se hizo un paquete, y el grave y melancólico viudo se lo llevó á su cuarto y lo encerró en un armario.

Dos días pasaron, y Alicia salió al campo algunas horas, visitó el huerto, el establo, y paseó con Brígida por el campo. Tomás permaneció encerrado en su casa y deseando con ansia la respuesta de Valenzuela, que le parecía tardaba un siglo en llegar.

¿Pediría el banquero á su hija? Á pesar de las faltas de la madre, ¿hablaría el amor paternal en su corazón? En ese caso Alicia se iría y dejaría en la obscuridad aquella casa que había alegrado dos días, aquellos campos que su presencia infantil parecía iluminar. Una vida opulenta la esperaba al lado de su padre, y él, Tomás, caería de nuevo en su tristeza, en el aislamiento sombrío y completo de su vida sin afectos y sin compañía.

La carta llegó por fin: era breve, seca y dictada por una feroz misantropía.

«Sr. D. Tomás Barrientos—decía.—Muy señor mío y de toda mi estimación: Agradezco á usted el aviso que se sirve darme, así como los cuidados que ha prodigado á la desgraciada que fué mi esposa; ésta ha labrado con sus locuras su desdicha y la mía, hasta el extremo de no poder mirar como á mi hija á esa desgraciada niña; no, caballero, no puedo recibirla en mi casa, porque la creo hija de una falta, y su presencia me re-